

EL FUEGO Y LA PASCUA

A partir de 1º

Cierta vez, el Hijo de Dios estaba sentado cerca del fuego. Mientras tanto las llamas crepitaban y crujían. Él las oyó decir:

- "Hombre del Sol, usted nos dio su cuerpo a la tierra y su fuerza vital al agua; su alma penetró en el aire y lo limpió. Y en cambio yo, el fuego, tengo que hacer todavía el mismo trabajo. Quemo leña y carbón, doy luz y calor a las personas y permito que hagan su comida conmigo. A veces también me usan para destruir las casas y los castillos de sus enemigos. Ahora usted puso a la tierra, al agua y al aire a su servicio divino. Por favor, deje que también yo le sirva y deme un nuevo servicio".

- "Fuego, no te olvidé", dijo el Hijo de Dios, "pero ahora tienes que apagarte fuera en el mundo, renunciar a todo combustible y morir. Sólo así podré despertarte para una nueva vida a mi servicio".

Entonces el fuego se hizo pequeñito y se desmoronó sobre sí mismo, hasta que apenas quedó un montoncito de brasas. Por fin se apago del todo. Ya no se veía la menor chispa.

En esos días, dos hombres caminaban por un sendero. También pertenecían al grupo de los amigos del Hijo de Dios, pero no sabían todavía que Él había resucitado de la muerte y por eso comentaban tristemente:

- "Nuestro maestro murió. Nunca más podremos hablar con Él y nunca más nos podrá ayudar. Ya oímos de otras personas que la sepultura fue abierta, pero nadie sabe dónde fue colocado".

Mientras hablaban entre sí, otro peregrino se les acercó. Durante escuchando lo que decían. Después les preguntó:

- "¿De quién están hablando?"

Los dos amigos se asombraron de la pregunta y respondieron:

-“¿Es que eres un extraño que no sabes que ha ocurrido en estos días?”

Entonces el peregrino les contó que el Hijo de Dios había venido al mundo para vencer a la muerte para siempre, y que era preciso que primero muriese para vivir de nuevo. Los dos amigos estaban de acuerdo con todo lo que Él les decía y estaban muy contentos.

Cuanto más les hablaba el peregrino, sentían cómo su corazón se volvía cada vez más cálido, pues sus palabras volvían a encender la llama del fuego que había en ellos. De forma que ahora el fuego no quemaba la leña y el carbón del mundo allá fuera, sino que ardía secretamente en lo más íntimo del Hombre. Era el Amor por el Hijo de Dios el que encendía las llamas de su corazón. Por la noche, los dos amigos decidieron hospedarse para descansar. Pidieron al forastero que entrase en la casa con ellos y participase de su cena.

Cuando estaban a la mesa, el peregrino tomó el pan, oró sobre él, lo partió y se lo dio para comer. Sólo entonces reconocieron quien era, pero en ese instante desapareció.

Uno de ellos le dijo al otro:

-“¿No ardía nuestro corazón en nuestro pecho cuando nos hablaba en el camino?”

¡Ah, qué alegría sintió el fuego al oír estas palabras, pues en ese momento las personas habían percibido que el Hijo de Dios volverá a encender para una nueva vida, el fuego íntimo que había en cada una de ellas!

Aportación de Silvia Jover T.